

REPLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE LA IMPORTANCIA DE LAS HUMANIDADES CLASICAS EN LA EDUCACION (1)

Por *Juan Antonio Ayala*.

“Así pues, el pecado fundamental de la erudición clásica en nuestros días es que ha cultivado la investigación más que la interpretación, que se ha interesado más en el acopio que en la diseminación de los conocimientos, que ha negado o desdeñado la importancia de su tarea en el mundo contemporáneo, y que ha estimulado ese mismo público menosprecio de que ahora se queja. El erudito tiene para con la sociedad una responsabilidad que es mucho más grande que la del trabajador y que la del hombre de negocios. Su primera obligación es conocer la verdad, y la segunda hacer que la verdad sea conocida”.

(Gilbert Highet, *La tradición Clásica*, T. II, c. XXI, *Un siglo de erudición*).

Considero de gran importancia para el momento cultural por que atravesamos la encuesta que ha promovido la UNESCO, entre las personas de más relevante inteligencia dentro de la educación y la literatura, sobre la importancia de las Humanidades clásicas en la educación del mundo de hoy. La crisis de nuestro tiempo necesita de soluciones rápidas y decisivas; el mundo ha girado violentamente en los últimos cuarenta años; nunca, como ahora, la habido mayor distancia afectiva e intelectual entre dos generaciones como la nuestra y la que nos precedió. Han cambiado los conceptos, han cambiado los ideales, ha muerto, definitivamente, un plan de vida que dirigió al mundo de occidente durante siglos; ha llegado un momento decisivo en que se hace preciso preguntarnos sin evasivas: “¿qué somos? ¿qué pretendemos? ¿qué ideales aplicamos a nuestros problemas o cómo reaccionamos ante las urgencias de la vida moderna? Muchas veces, en los momentos sombríos de la historia cuando toda idea de belleza, justicia, verdad naufraga, hemos dudado si la verdad está con nosotros o si estamos viviendo de falsos patrones y normas inoperantes. Y la conclusión a que se llega, aunque dolorosa, es la siguiente: hemos fracasado, no llenamos suficientemente el objeto de nuestras vidas, hemos desertado del campo de la realidad, para ir viviendo inactivos,

(1) Conferencia pronunciada por su autor el día 23 de enero de 1957, en la Casa de la Cultura.

repetiendo conceptos que ya se gastaron y que no han sido renovados con una nueva savia. Tan evidente es esto que el historiador inglés Arnold Toynbee, en una conferencia pronunciada en Madrás, en los primeros días de este año ha afirmado que “las religiones del mundo podrían ser suplantadas por nuevas creencias si no se adaptan para llenar el vacío espiritual que confronta a la humanidad”. “La humanidad —dice él mismo— no puede vivir sin la religión, pero no puede ya aceptar religiones que no son convincentes”. . . . Y lo que se dice de las religiones actuales, con toda su secuela de convencionalismos y de fórmulas, puede con mucha mayor razón aplicarse a la filosofía, la educación, la moral y hasta la misma estructura del conglomerado social. De todos estos aspectos de la vida actual considero que uno de los más urgentes, precisos y descuidados es el de la educación, no como muchos creen, el de la enseñanza. La UNESCO con todos sus grandes defectos, engaños y escenografía, sin sentido, se ha dado cuenta, a Dios gracias, de la necesidad perentoria de solucionar este gran problema. Sólo los espíritus vanos, fatuos y pedantes pueden soslayar su importancia; precisamente esta falta de seriedad y este pecado de ligereza, que puede traernos aterradores problemas y consecuencias trágicas, es una consecuencia de la desorientación que priva hoy en la educación. Una educación, a mi modo de ver es la justa apreciación y el empleo adecuado de los ideales en la vida; cuando éstos están en quiebra o no existen, hay que buscar la causa en los defectos de la educación bajo la cual se han conformado los hombres de determinada generación. Nunca como hoy se ha hablado de la educación en el mundo; se celebran congresos, se lanzan nuevas teorías, se ensayan nuevos métodos, se publican revistas especializadas, pero, nunca, también, la imagen y la mentalidad del hombre han sido más pobres tanto en los campos de las artes como en los de la filosofía; pasó ya el tiempo en que se estructuraban nuevos sistemas, en que se componían grandes sinfonías, en que se pintaban grandes cuadros . . . Se hace necesario hacer una revisión sincera de los valores con que operamos dentro del campo educacionales y de la forma en que estos valores se aplican a la vida. Es preciso hacer un balance para eliminar, si necesario fuere, toda una serie de esquemas, conceptos heredados y métodos en la educación que han demostrado ser casi inefectivos.

DOS CONCEPCIONES FRENTE A FRENTE EN EL CAMPO DE LA EDUCACION

Hace varios años el presidente de los Estados Unidos, Mr. Harry Truman encomendó a un grupo de profesores universitarios la tarea de hacer un estudio acerca de la educación norteamericana en los Colegios y Universidades. El resultado de esta consulta fue el mismo que hoy ha planteado la UNESCO en su encuesta. En el mundo de hoy, y, precisamente en el campo de la educación, se enfrentan dos grandes corrientes: la de la especialización y la de la formación integral del profesional. Es evidente que no podemos asirnos ya al viejo concepto de la educación integral, enciclopédica que heredamos del siglo XIX. Los adelantos técnicos, el parcelamiento especializado de cada una de las profesiones, los avances diarios de la ciencia, no pueden dar al hombre la oportunidad de dispensar su tiempo en procurarse una formación integral que abarque distintos campos de la Cultura; aun dentro de su profesión tendrá éste que contentarse con dominar una rama que

estará, así mismo, en constante evolución y proceso de revisión. Hoy más que nunca el mundo necesita técnicos. Los Estados Unidos, con su alto nivel técnico, no producen en la actualidad la suficiente cantidad de ingenieros y demás profesionales de la industria necesarios para llenar todas las demandas de su creciente progreso; la Unión Soviética, atenta a ganar esta carrera que se ha de desenvolver durante todos estos años en el campo de la técnica, está formando verdaderas legiones de técnicos. La especialización no puede, por tanto distraer su tiempo ni sacrificar a los individuos más capaces, en aras de una educación humanista y universal, por lo que, aparentemente, tiene ésta de poco productiva y pragmática. Recientemente el ilustre escritor venezolano Mariano Picón-Salas en el periódico NOVEDADES de México hizo una serie de atinados comentarios sobre este asunto, provocados por la misma encuesta que hoy nos ocupa. Y llega a afirmar: "No me atrevo a decir que las Artes, la Historia, la Poesía constituyan infalible panacea para las neurosis de nuestro tiempo. Pero cuando le damos a la Educación un fin que supere lo utilitario y pragmático, cuando queremos formar hombres y no sólo mercaderes, parecen ofrecernos las Humanidades una olvidada Pedagogía de la felicidad. De tanto forzar al hombre para que sea una máquina productora, nos olvidamos del tranquilo y continuo goce que dan —para quien aprendió a gustarlos— los libros y las obras de arte. O prisioneros de la contingencia de lo material que se traduce en salario, horas de oficina, requerimiento de nutrición, casa y vestido, nos asomamos a otro mundo que supera la fatalidad de lo cotidiano a través de los filósofos, los poetas, los artistas".

Sin embargo, no podemos dejar de un lado la tremenda realidad que nos agobia. Esa pugna entre especialización, es decir limitación del entendimiento y de las facultades naturales de cada individuo, y cultura universal, es tan aguda que amenaza con la destrucción de un mundo que ya pasó, pero que no nos promete nada para el futuro. Del especialista y de sus mínimos problemas —digo mínimos de una manera relativa— no podemos esperar solución de nuestros problemas. Es más, de la creciente especialización de cada día sólo puede provenir el aniquilamiento de los más altos valores del espíritu; a no ser que conscientemente optemos por los postulados de una filosofía materialista y utilitaria, en cuyo caso habremos preferido "un mundo de cuerpos ocupados y almas vacías", como asegura Picón-Salas.

Hay quienes creen que la bancarrota de nuestra cultura y los sistemas de educación que hasta el presente hemos aplicado, sólo puede ser superada con fórmulas nuevas, con el total olvido del pasado. Ciertamente es que en los procesos evolutivos de la Historia el individuo en sí no cuenta; cierto también que toda una civilización, una tradición, una cultura no se gesta ni se desenvuelve en un día, en un año, en un centenar de años; cierto que tendrán que pasar generaciones, muchos cientos de generaciones hasta lograr plasmar un sistema de cultura, un ideal de educación como el que hemos tenido hasta el presente; sin embargo, nunca podrá llegarse a la definición de un "humanismo" si antes no se define y se considera al "hombre" en particular como núcleo del tal humanismo. Y precisamente en este punto es donde se ha planteado la crisis. La especialización, con todas sus urgencias desconoce el valor "humano" del hombre, aunque esto, dicho así, parezca una redundancia; la especialización necesita "robots" que cumplan cabalmente con la tarea que les ha sido designada dentro de la colmena; hombres vacíos de

mente y espíritu que sólo pueden apreciar la realidad con el criterio estrecho, aburrido y árido del especialista. Decía Unamuno, comentando el adagio popular “Teme al lector de un solo libro”, “¡si, por lo bruto que será!”...

Creo yo, y ya lo han señalado otros autores, que la democratización a que ha llegado la enseñanza en la actualidad pudiera ser muy bien una de las muchas causas de esta liquidación de las Humanidades clásicas como instrumento pedagógico efectivo. Desaparecieron las “élites” que requerían la atención exclusiva de pedagogos y educadores y al participar el pueblo —llana y sencillamente el pueblo— en este gran festín de la educación, hubo necesidad de darle una instrucción básica, elementalísima, destinada a una mayoría; esta mayoría que iba a invadir los campos de la industria y del comercio, por una parte, no necesitaba, a juicio de sus educadores y de ella misma, de la previa preparación clásica y humanística; ya desde los comienzos se hacía necesario parcelar sus conocimientos e iniciarla en los fundamentos de su especialización.

Otros creyeron o se acogieron por comparación, al concepto un poco ambiguo de las “humanidades modernas”, como si se pudiera hacer tabla rasa, a nuestro antojo, de todo un pasado cultural y filosófico en el que precisamente estas “humanidades modernas” tienen su raíz y origen. Y es que las humanidades han sufrido una mengua en su mismo concepto y en la amplitud de sus miras por culpa de aquellos que estaban en capacidad de salvaguardar sus auténticos valores. Desde el siglo XIX, por influencia de las universidades alemanas, se restringió el concepto de humanidades “clásicas” a las producciones de la literatura y el arte greco-latino, a la tradición medieval que conservó y desarrolló estas literaturas y a la soberana eflorescencia del Renacimiento. En filosofía, por desgracia, somos aún discípulos de Sócrates, Platón y Aristóteles; nuestro entendimiento está cerrado a los conceptos fundamentales y serios de las filosofías asiáticas. Creo yo, y cada día lo estimo más necesario, que es preciso ampliar este viejo concepto de las Humanidades clásicas para que puedan subsistir como medio de educación en el mundo de hoy: tenemos una deuda cultural con los viejos pueblos del Oriente, con la India, con la China, con el Japón. Esas culturas, conocidas apenas por un grupo de sabios y escasamente divulgadas, encierran un contenido humano que debe ser incorporado a nuestro sistema de vida y de educación que llamamos “humanidades”. Las relaciones internacionales de hoy han hecho caer en las viejas fronteras culturales que existían entre los pueblos, entre los hombres de ciencia, entre los educadores. Si junto a los sabios occidentales se sientan, en los grandes Congresos científicos, los hombres más destacados del Oriente, ¿por qué no hemos de incorporar a nuestra literatura los conceptos que formaron la mente de esos mismos sabios? Es ridículo que en la misma Asamblea General de las Naciones Unidas estén discutiendo acerca de la paz y la convivencia hombres que tuvieron una educación tan diversa, hombres cuyos conceptos fundamentales de la vida están basados en filosofías y sistemas de educación tan distintos y diversos. Es preciso, pues, buscar la forma de incorporar a un nuevo sistema de educación “humanista” estos otros sistemas parciales que también han dado logros efectivos. Si nosotros, a pesar de los grandes errores y de los grandes cataclismos, hemos logrado sobrevivir y salvaguardar lo esencial de nosotros mismos, esas otras culturas mal llamadas “extrañas” han dado el mismo resultado. La India logró subsistir como tal entidad permanente a pesar del

colonial; Japón sobrevivió a los peligros mortales de un aislamiento de siglos y esperamos, con esa esperanza que no engaña, que China ha de superar, en virtud de sus hondas raíces filosóficas y humanas, la carga dinámica del materialismo dialéctico que hoy la domina.

De todo lo expuesto se ve claramente que la decadencia real de las Humanidades clásicas en la educación del mundo de hoy se debe principalmente y en primer lugar a la especialización tan rígida que exige el avance técnico, especialización debida a las condiciones de la técnica, industria, carrera de armamentos, aparición de nuevas materias primas, de nuevas enfermedades, etc. En segundo lugar, la falsa integración del concepto de “humanidades”, con su empeño en vivir exclusivamente en el pasado, sin procurar convertir el contenido de esas “humanidades” en realidades operantes; se dio demasiada importancia a la investigación, a la fijación de los textos, a los problemas gramaticales, y se descuidó extraer de las grandes obras clásicas una filosofía de la vida, una norma de conducta, una auténtica “paideia” de nuestro tiempo. Por esta razón y con causa justificada el hombre de hoy ha derivado por el fácil camino de la literatura de ocasión, por la cultura superficial y barata de las revistas ilustradas, por el cine y la televisión. Volvemos de nuevo a la cita de Picón-Salas para ampliar esto último: “Ya hay —dice— una infantil y menesterosa cultura de “muñequitos” y “tiras cómicas” donde las caricaturas de Sancho y Don Quijote intentan sustituir a la prosa de Cervantes. Otras revistas de gran circulación en los Estados Unidos quieren “deshidratar” la Literatura, tratarla con la misma manipulación con que se reduce el peso de las legumbres y las frutas, y condensan a Dickens y a Carlyle, quitándoles metáforas y epítetos que se consideran innecesarios, para ofrecerlos en el más chato e inocente estilo de oficinista. Ver rápidamente; hacer no importa qué cosa, moverse de un sitio a otro, más que reflexionar, parece el ideal de vida de muchos contemporáneos. Los centenares o millares de horas de vuelo sustituyen hoy las que antes podían destinarse a la meditación y la lectura... El humanista se está convirtiendo en un hombre maniático, de traje raído, seguido de sus milenarios espectros y repitiendo hexámetros, en una sociedad que busca emociones más aceleradas...” Hasta en un magazín para amas de casa encuentro este menosprecio, esta animosidad contra el humanismo: “Los profesores de tennis, base-ball, canasta uruguayana, joropos, etc., reemplazan a pintores, filósofos, poetas, científicos... en las cortes modernas y en los palacios de los Crecos contemporáneos. Antes, los “intelectuales” eran el supremo lujo de príncipes y millonarios... Lo que demuestra una vez más que en este siglo de técnica aplicables inmediatamente y en gran escala, los intelectuales vamos a terminar en las ferias de pueblo, exhibiéndonos como monstruos. Tal vez de esa manera logremos no morirnos de hambre honorable y decorativamente. ¿Este es el progreso?”

LA DECADENCIA DE LOS CLASICOS: FRACASO DE LOS METODOS

A partir del siglo XIX se inicia, dentro del campo de la educación, la decadencia de los clásicos como sistema pedagógico. El espíritu positivista del siglo contamina la filosofía, las artes, las letras y la educación. Todo podía y debía ser tratado “científicamente”, todo debía ser sometido a la revisión por los postulados de los últimos descubrimientos científicos. En los

estudios clásicos, en particular, se creía que el estudio de las lenguas griega y latina consistía en una *ciencia pura*. Pero como dice Gilbert Highet esto era una aberración, pues: “Es evidente que en la investigación clásica, como en toda otra especie de estudio, tienen que emplearse las virtudes científicas de precisión, organización, objetividad y claridad. Es evidente que los métodos de la ciencia aplicada pueden emplearse útilmente en muchas zonas de la literatura y de la historia grecorromanas. Pero la materia del estudio clásico no la constituyen totalmente, ni siquiera principalmente, muchos objetivos comparables con el material de la geología. Gran parte de ella —y la mejor parte— es arte; y el arte hay que estudiarlo con gusto e imaginación lo mismo que con cámaras y compases de precisión. Gran parte de ella es historia, y la investigación histórica supone juicio moral, mientras que la redacción de la historia exige selección estética. No obstante, los eruditos clásicos del siglo XIX, capitaneados por los alemanes (que se señalan más por su industria que por su buen gusto), resolvieron que su deber era ser científicos. Semejante resolución contribuyó a arruinar la enseñanza de estas materias”.

Todos los que hemos pasado por el duro aprendizaje de los clásicos tenemos en nuestra memoria recuerdos y experiencias imborrables que ojalá ahora que estamos ya en calidad de maestros, no hagamos repetir a nuestros alumnos. Muchos de nosotros sufrimos la decepción al llegar a las aulas de los que llamaban grandes maestros e investigadores; en vez de iluminarnos en el camino de la investigación de los clásicos, de darnos una valoración exacta de sus ideales y de enseñarnos la forma de acomodar sus experiencias a nuestros problemas, nos cerraron las ventanas y se aprovecharon de la oscuridad para hacernos deambular por los inútiles laberintos de la sintaxis, los diccionarios, las concordancias, los textos dudosos y las lagunas. Gracias a nuestro esfuerzo personal, se nos calificó, muchas veces de rebeldes e indisciplinados, pero recibimos nuestra recompensa al encontrar por nosotros mismos aquello que no pudieron o no quisieron darnos, nuestros maestros. Recuerdo muy bien mis dos encuentros con Virgilio. Nuestra clase de poética latina era impartida por dos profesores; los seis primeros libros de la *Eneida* estaban a cargo de uno de los guardianes y custodios de la vieja didáctica de Berlín, Munich y Heidelberg; durante seis largos meses aprendimos muchas de las modalidades lingüísticas de Virgilio, manejamos un extenso vocabulario latino, hicimos un fructífero acopio de sinónimos, medimos muchos hexámetros, memorizamos largas tiradas de “pensum”. De la esencia virgilia- na, de las ideas de la Roma imperial, del sentimiento épico-humano del poema estaba prohibido hablar. El resto de la *Eneida* estaba dirigido por un profesor que, cierto es, no era un latinista consumado, menos un investigador de los de sentencias definitivas; a su alto sentido de interpretación juntaba las cualidades de un gran poeta, sabía llevar la discusión abierta, por encima de los titubeos gramaticales de muchos, hacia aquellos temas virgilianos trascendentes, eternos, humanos, en una palabra. Otro de mis recuerdos es el de aquel profesor que se pasó la vida buscando en las obras completas de Cicerón —en ese pétreo volumen editado por Didot— un nuevo tema de la tercera declinación latina; pretendía el pobre figurar en alguna de esas gramáticas escolares como el genial descubridor de una nueva modalidad lingüística. De mi primer año de griego saqué la conclusión que el verbo “lúo” era muy importante y que las formas contractas de la segunda declinación eran la clave para entender la epopeya homérica.

La historia de la didáctica clásica está llena de casos semejantes. Son demasiado aleccionadores los ejemplos para pasarlos por alto. De nuevo recurrimos a G. Highet quien presenta muestras más que suficientes de este desenfoque, de estas aberraciones palmarias, de esta desilusionante irresponsabilidad de los que tuvieron durante siglos en sus manos el destino y el futuro de generaciones enteras, quienes buscaron en las ciencias aplicadas salida a sus impulsos creadores.

Sir William Osler, médico brillante y destacado científico, cuenta así el fracaso de sus estudios clásicos en una escuela canadiense de 1866:

“De niño tuve la experiencia común de hace cincuenta años: maestros cuyo único objeto era dar de comer a sus clases con cucharadas, no de autores clásicos, sino de sintaxis y prosodia... con el resultado de que aborrecíamos a Jenofonte con sus diez mil, veíamos a Homero como una abominación y a Tito Livio y Cicerón como cargas de sustantivos y tareas... Mi experiencia fue la de muchos miles; y sin embargo recuerdo que estábamos sedientos de buena literatura... ¡Qué tragedia subir al Parnaso en medio de tanta niebla!”.

Y el Dr. Osler, este hombre “sediento de buena literatura”, que llegó a desempeñar el alto cargo de *Regius Professor* de medicina en Oxford, durante toda su vida admiró la literatura clásica y a los grandes humanistas del Renacimiento inglés y recomendaba a sus alumnos, futuros médicos, el estudio constante de los autores griegos y latinos y, más tarde, llegó a afirmar que “las ciencias naturales —la medicina inclusive— eran sólo la mitad del material de educación, y que la gran literatura era la parte más importante”.

Un gran educador norteamericano, Nicholas Murray Butler, rector de Columbia University, cuenta cómo fue educado:

“La enseñanza de los clásicos en aquellos días era casi por completo de este tipo “seco como el polvo” que ha estado en un tris de matar los estudios clásicos en los Estados Unidos. El profesor Drisler, que ocupaba entonces la cátedra de Jay (de griego), era hombre de notable elevación de carácter y espíritu, así como un perfecto y consumado erudito. Era, sin embargo, tan dado a insistir en los más menudos detalles de la gramática, que nuestros ojos estaban todo el tiempo clavados en el suelo y apenas si teníamos alguna vez una vislumbre de la belleza del significado más hondo de las grandes obras cuyo estudio nos ocupaba. Por ejemplo, recuerdo que durante el primer semestre del año sofomoro (es decir, el segundo año), teníamos que leer con el Doctor Drisler la *Medea* de Eurípides, y que cuando el semestre llegó a su fin apenas habíamos acabado de ver doscientos cuarenta y seis versos. En otras palabras, nunca llegamos a ver de qué trata la *Medea*, ni pudimos ver el significado del argumento ni la calidad de su arte literario... En latín, el profesor Charles Short era un pedante si los ha habido... Fuera Horacio, fueran Juvenal o Tácito el tema de sus clases, siempre estaba fijándose en los asuntos menos importantes que el estudio de esos autores sugería...”

Y perdóneseme traer todavía un testimonio más de esta cadena de aberraciones, que, por sí solas, han contribuido a la decadencia y al abandono justificado de los estudios clásicos. Trasladémonos ahora a la Universidad de Yale en 1833-1834. Habla William Lyon Phelps:

“La mayor parte de nuestras clases eran aburridas, y la enseñanza puramente mecánica; una maldición pesaba sobre los profesores, el añublo invadía el arte de la enseñanza. Muchos profesores eran simplemente oyentes

de recitaciones preparadas; jamás mostraban ningún interés vivo, ni por los estudios ni por los estudiantes. Recuerdo que tuvimos a Homero tres horas a la semana durante todo el año. El catedrático nunca cambió la monótona rutina, nunca hizo una observación, sino que sencillamente llamaba a uno por uno a traducir o escandir los versos, decía: "Es suficiente" y ponía una señal; de modo que en la última clase, en junio, después de todo un año de esta intolerable faena, quedé muy sorprendido al oírle decir, esta vez, también sin ninguna emoción: "Los poemas de Homero son los más grandes que han brotado del espíritu del hombre; la clase está terminada", y salimos a la luz del sol".

Creo yo que ante tales testimonios, ante tales atentados contra la respetabilidad de los clásicos, ante tamaña irresponsabilidad por parte de los educadores, no tenemos por qué extrañarnos del fracaso y del abandono del estudio de los clásicos en la educación del mundo de hoy. Querer vivir de espaldas a la realidad y mantenerse en el aislamiento más feroz, es suicida para una sociedad que necesita soluciones impostergables a la multitud de problemas que han surgido en un mundo mecanizado, pragmático y realista. Razón tienen los que desertaron de los estudios humanísticos para alcanzar en el campo de la ciencia aplicada un bienestar material y una satisfacción íntima que no se les ofrecía en los campos de la gramática, la sintaxis y demás aberraciones de los eruditos. Todavía estamos a tiempo para solucionar este problema, para encontrarnos a nosotros mismos y forjar un mundo mejor con un nuevo sistema de educación en el que las Humanidades clásicas vuelvan de nuevo a ser entidades operantes, dinámicas. Más arriba he dicho que considero pedante al pretender descartar todo un pasado para sustituirlo por conceptos nebulosos, indefinidos, y que, además entrañan un peligro para la integridad del hombre, base eterna de cualquier "humanismo". Hay que saber conciliar técnica y espíritu: técnica que nos ofrece el mundo de hoy, a manos llenas y espíritu generoso de concordia que nos ofrecen las viejas literaturas y filosofías.

EN BUSCA DE UNA SOLUCION

Hemos llegado, sin lugar a dudas, a un punto en nuestra evolución personal y, principalmente, en nuestra evolución humana universal, que se hace necesario plantear el problema de la educación en términos que no admitan vacilación. ¿Hasta dónde es posible poner en vigencia el estudio de los clásicos en un actual sistema de educación? ¿Hasta dónde se conforman los clásicos con la mentalidad y las necesidades del mundo moderno? ¿Qué proporción debe guardar el estudio de las Humanidades clásicas con el de las técnicas mecanicistas que reclama el adelanto material de la industria? No podemos, honestamente, contestar a estas preguntas sin antes hacernos cargo de la situación por que atraviesan los métodos pedagógicos en vigencia. Con un sentido práctico muy acorde con la filosofía materialista —si es que puede llamarse filosofía al resultado del más burdo fraude intelectual— la didáctica no sólo ha orientado a la juventud hacia las profesiones que suponen un futuro de aplicación inmediata, altamente remunerada, que, además, absorbe al hombre por entero. La consecuencia inmediata, amén de otras que mencionaremos inmediatamente, es que el hombre de hoy, el profesional, el técnico, no puede o no debe interesarse en otros asuntos que no se relacionen con su

especialidad. Tal como está organizado el trabajo y la producción, es el medio ideal al cual hemos recurrido para conservar un ideal de vida que no nos satisface, que nos deja desilusionados, vacíos y yertos. Sin embargo, hemos caído en un profundo error: no ha sido el adelanto técnico el que ha causado esta brecha profunda en la educación del hombre; lógicamente las comodidades que actualmente se nos brindan, la mayor facilidad de los medios de información, el alto valor adquisitivo de la moneda, deberían ser un aliciente para la vida intelectual. No, no es la mecanización del mundo la que por sí ha matado el cultivo del hombre y todos sus valores interiores. Es la filosofía —si tal puede llamarse— del dominio, del aniquilamiento, la que quiere y proclama y fomenta una educación puramente especializada que obre como un narcótico, como una especie de droga del olvido, de la reflexión y de la vaciedad; los hombres que tienen un entendimiento libre, los hombres que piensan en la más recóndita soledad, son un peligro y una amenaza para los totalitarismos del cuerpo y de la mente que amenazan al mundo actual. No es preciso ya, a estas alturas, aherrojarlos con cadenas ni imponerles sanciones atentatorias contra la libertad física; mucho más práctico que cercarlos por hambre, que eliminarlos, es privarles de una cultura humana que ponga por encima de todo el libre cultivo del espíritu. Es preciso usar la droga esterilizante y somnolienta de la incultura humana, se hace necesario que el hombre actual busque sucedáneos en la divagación externa, en la televisión, en el cine, en las revistas que dan una ilustración fragmentada y en pequeñas dosis. Hemos adelantado mucho en este camino, no necesitamos usar ya los viejos procedimientos represivos para que el hombre no sea precisamente “hombre”. Permitaseme citar un párrafo del escritor inglés Aldous Huxley en que protesta con acento trágico sobre este destino que amenaza los fundamentos más íntimos de la personalidad humana. “En el curso de los últimos cuarenta años, las técnicas para explotar el anhelo del hombre en la más peligrosa de las formas de autotrascendencia descendente han alcanzado un grado de perfeccionamiento nunca logrado antes. En primer lugar hay más gente en una milla cuadrada que antes y los medios de transportar vastas multitudes desde distancias considerables y de concentrarlas en un único edificio o plaza son mucho más eficientes que en el pasado. Por lo demás, se han inventado nuevos recursos para excitar a las masas que antes ni siquiera se hubieran soñado. Hoy tenemos la radiotelefonía, que ha extendido enormemente el alcance de los broncos alaridos del demagogo. Tenemos el altoparlante, que amplifica y multiplica indefinidamente la violenta música del odio de clases y del nacionalismo militante. Tenemos también la cámara fotográfica (de la que una vez se dijo ingenuamente que no podía mentir) y sus descendientes, el cinematógrafo y la televisión. Estos tres medios hicieron absurdamente fácil la propagación de tendenciosas fantasías, y finalmente tenemos la mayor de nuestras invenciones sociales, la educación libre y obligatoria. Todo el que sabe leer queda en consecuencia a merced de los propagandistas del gobierno o del comercio, que se valen de las máquinas de linotipia y de la prensa. Reúnase a una multitud de hombres y mujeres previamente preparados por la diaria lectura de un periódico, hágasela oír la música amplificada de orquestas en medio de un escenario de brillantes luces y sométasela a la oratoria de un demagogo, que es (los demagogos siempre lo son) simultáneamente el explotador y la víctima de la intoxicación de las masas, e inmediatamente se la tendrá reducida a un estado

de casi inconsciente *subhumanidad*. Nunca antes unos pocos estuvieron en posición de convertir a tantos en payasos, locos o criminales". Hasta aquí Aldous Huxley, quien ha señalado con certero acento la crisis por la que están pasando los valores e ideales en la educación del mundo, de las masas y del individuo en particular. El hombre que piensa, repito una vez más, es un elemento peligroso y hoy todo tiende a eliminar la acción personal, el pensamiento libre. Dice Karl Vossler, en su "Filosofía del lenguaje" que todo cambio lingüístico o de significación y uso en las palabras obedece primariamente a cambios en el horizonte sociológico de los grupos. Actualmente hemos perdido ese sentido primario significativo del "yo" para transformarlo en "nosotros", y este "nosotros" no tiene ese significado cohesivo, cordial y coherente que tuvo en labios de nuestros antecesores. El "nosotros pensamos" de hoy, el "nosotros escribimos", el "nosotros hacemos" es el reflejo de la imagen del rebaño paciente, aletargado por las emanaciones de la masa sin personalidad. Sí, la educación actual, fría, deshumanizada, es mucho más consciente de lo que creemos, va más allá del mero interés por el progreso de la técnica y los avances científicos, y es que el afán de dominio no podría ejercerse sobre hombres que saben valorar en su verdadero sentido el destino de la vida y las consecuencias de una entrega sin reservas a los valores del espíritu. Como afirma Picón-Salas: "Si el hombre en comunidad necesita una máquina, el hombre en soledad acaso prefiera un poema".

No podemos, en el breve espacio de una conferencia como la presente, entrar en detalles acerca de un plan general de estudios en el que se buscaría una conciliación entre técnica y cultivo humanista. Además, en pedagogía más que en otra rama del saber humano, las generalizaciones son peligrosas, dado por sentado que hay que tener en cuenta índole nacional, zonas culturales, sicología de los pueblos y una serie de pequeños detalles que alterarían el plan inicial de trabajo. Sin embargo, creo yo que la sinceridad y la captación ecuaníme del problema, tal como lo hemos expuesto puede llevarnos a esbozar dos o tres términos generales que deberán tenerse en cuenta si es que se intenta una reforma o renovación o cambio de ruta en este sentido.

Es cierto que la enseñanza de las lenguas clásicas no puede absorber el tiempo necesario para llegar a dominarlas en toda su extensión; hay, hoy día, una tendencia sana, principalmente en los EE.UU. a pasar por alto el difícil aprendizaje del griego y latín, para dedicar el poco tiempo que los estudiantes tienen al estudio de las obras clásicas en traducciones hechas por expertos y, las más de las veces, por escritores de renombre. Dije antes que una de las causas que contribuyeron a la decadencia de los estudios humanísticos fue esa especie de devaneo por los campos de la morfología y la sintaxis; lo que interesa es que el hombre entre en contacto con la producción de los grandes escritores clásicos, sea en su idioma o en el propio de los estudiantes. Es cierto que un grupo de privilegiados, y de inadaptados, para ser sincero, seguirán estudiando griego y latín. Bien, serán esas minorías selectas que siempre han conservado la esencia de la antigüedad en toda su pureza; pero no podemos exigir lo mismo de todos los demás. Lo que interesa es que el futuro médico, el ingeniero, el abogado haya pasado por una etapa de contacto con los grandes espíritus que enseñan lo que es "humanidad". Estos médicos, ingenieros, abogados del futuro tendrán un sentido trascendente del hombre y por lo menos, por lo menos, se habrá conseguido que diferencien al hombre de las materias primas. No nos hagamos ilusiones; el recorrido

detallado por las literaturas clásicas será un imposible, un sueño irrealizable. Los escritores, como Arnold B. Toynbee creen que una enseñanza adecuada para el futuro consistirá en resumir, en grandes murales, si así puede llamárselos, el estudio de las culturas y extraer de ellas el legado humano que nos entregaron. A esto pueden responder esos magníficos manuales 'Los Legados' que están siendo publicados por la Universidad de Oxford. . . .

Quiero concluir esta plática, ya cansada, y demasiado cargada de citas, con las palabras del humanista argentino Centurión:

"Si fue lamentable que con tanto empeño se orientara la educación hacia un enciclopedismo mal comprendido, puesto que su fin no era el cúmulo de datos de las ciencias para quedarse con ellos, sino que el *datum* se ordenaba al *quaesitum*, es alentador ver que por todas partes cristaliza en realidad la idea de establecer un período de enseñanza básica que tienda a la formación del hombre más que a su ilustración y aun se procura asegurar ese período fundamentándolo en los clásicos. Es volver por los clásicos insistir en esta idea de la formación de la juventud y lo hago con las de un pedagogo que expresó su repulsión por la desoladora doctrina de la enciclopedia y quería que su discípulo "tuviera un espíritu universal, no por las luces sino por la facultad de adquirirlas; un espíritu expansivo, inteligente, apto para todo; que supiera hallar el para qué de todo cuanto haga y el por qué de todo cuanto crea. Mi objeto, añade, no es darle ciencia, sino enseñarle a que la adquiera cuando la necesite, hacer que la estime en su justo valor y que ame la verdad sobre todas las cosas. Resultará un ser activo y pensador que posea pocos conocimientos, pero aquellos que tenga sean verdaderamente suyos y nada sepa a medias. Quien se encuentre en esta etapa a los 15 años, no ha perdido los anteriores y se ha preparado para el futuro porque la ignorancia nunca hizo el mal y sólo el error es funesto; no nos extraviamos por no saber sino por imaginarnos que sabemos". No es tiempo perdido el dedicado a la formación de las facultades que han de adquirir y valorar nuestros conocimientos.